

Sociedad del Sagrado Corazón

Mira, estoy haciendo algo nuevo

Capítulo Especial 2021

DISCURSO DE APERTURA
PARA EL CAPITULO ESPECIAL
10 DE NOVIEMBRE 2021

Presentado por
Barbara Dawson RSCJ]

Bienvenidas todas al iniciar este sagrado acontecimiento eclesial, el Capítulo especial de 2021. Qué emocionante estar juntas en este momento a través de tantas fronteras.

Hoy empezamos celebrando la Eucaristía. Tomamos conciencia de nuestra presencia ante Jesucristo y ante todas nosotras al comenzar un nuevo capítulo de nuestra vida como congregación, con dos preguntas que nos conducen hacia adelante: ¿Quién nos llama Dios a ser? ¿Qué nos llama Dios a hacer?

En aras de nuestra misión, las mujeres que estamos aquí reunidas como capitulares tenemos el compromiso y la responsabilidad de discernir los próximos pasos que necesitamos dar como congregación en lo que respecta a las maneras de organizarnos y de compartir todos nuestros recursos.

Detengámonos un momento e invoquemos al Espíritu para que nos ayude a entrar verdaderamente en las disposiciones del Corazón de Jesús, a experimentarnos como Religiosas del Sagrado Corazón, mujeres del evangelio, que vivimos en medio de nuestra gente y que, al mismo tiempo, estamos reunidas como comunidad global. Sintámonos espiritualmente presentes unas a otras, conectadas de todo corazón, unidas a María, cuyo corazón estaba a la vez lleno de alegría y traspasado, valiente y lleno de preguntas. María, que nos ayuda a entrar en el lugar de amor del Corazón traspasado de su Hijo, que nos invita a ser mujeres que cada día viven el amor en profundidad. Solo con este amor podremos superar nuestras preferencias personales y todo aquello que tanto apreciamos en nuestro corazón, para entrar en un diálogo mutuo y discernir qué nos pide Dios ahora a la Sociedad del Sagrado Corazón.

(pausa)

Como siempre que empezamos una reunión, caemos en la cuenta de nuestro lugar en medio de un mundo que continúa marcándonos la agenda. Cuando, hace tres años, convocamos este Capítulo especial no teníamos ni idea del mundo en que vivimos hoy, ni de las consecuencias de esta crisis multifacética en las personas que amamos y a las que servimos, y en la misión en la que estamos implicadas. La vida se ha alterado de maneras que nunca imaginamos: desde la muerte de tantos seres queridos, hermanas nuestras y miembros de nuestras familias, compañeros de trabajo y amigos, la polarización política y la inestabilidad que experimentamos en tantos países, el impacto del abuso medioambiental en las personas y en el planeta, hasta una Iglesia que quiere ser más receptiva a las necesidades actuales del pueblo de Dios, y que sin embargo se ve frustrada por luchas internas de poder y por una falta de comprensión y de experiencia de la auténtica sinodalidad.

A la vez que vivimos un momento doloroso que hace época, también experimentamos la alegría del Evangelio. Sentimos que las personas son más amables y consideradas unas con otras, que los jóvenes y los mayores son más conscientes del impacto del cambio climático, con una mayor comprensión de lo que significa ser vulnerable y necesitar una comunidad, con una mayor conciencia de que es necesario para ir más allá de nuestras

necesidades individuales y ser sensibles al bien común. A pesar de los desafíos de este momento de la historia, vemos señales de que la Palabra de Dios encarnada en medio de nosotros actúa para vencer la oscuridad.

Entonces ¿por qué estamos aquí en este Capítulo especial? Como Congregación vivimos un momento crítico de transformación. Este mismo mes, hace 54 años, otro grupo de mujeres Religiosas del Sagrado Corazón, estaban reunidas aquí en Roma en un Capítulo especial pedido por la Iglesia para volver a la intuición fundacional de nuestra Congregación, para renovar nuestra misión y carisma a la luz del Concilio Vaticano II y de las necesidades del mundo de aquel tiempo. No por casualidad los dos temas principales de aquel Capítulo fueron el gobierno y la utilización de nuestros recursos. Si no lo han hecho, les recomiendo que vuelvan a leer los documentos del Capítulo de 1967, especialmente las palabras valientes y profundas de la Madre de Valon, muchas de las cuales podrían pronunciarse hoy con la misma urgencia y convicción.

Hoy estamos llamadas otra vez a crear algo nuevo, no porque nuestra demografía esté cambiando, que lo está, sino porque el mundo necesita más que nunca nuestro carisma y nuestra misión: descubrir y dar a conocer el amor de Dios en medio de este mundo bendecido y roto. Y aunque las maneras de organizarnos para vivir nuestras vidas en misión y las formas en que hemos compartido nuestros recursos en aras de la misión han funcionado bien a lo largo de los últimos cincuenta y más años, nos ha llegado el momento de volver a imaginarnos a nosotras mismas respondiendo a las necesidades del mundo del siglo XXI y más allá.

Acabamos el Capítulo de 2016 con estas dos acuciantes preguntas y con tres imágenes: Estamos llamadas a ser Un Cuerpo en el Corazón de Jesucristo, estamos llamadas a ser Pan que es amasado, horneado, partido y compartido, y estamos llamadas a subirnos a un barco que leva anclas viajando juntas hacia nuevas costas para buscar una nueva vida. Cuatro llamadas acompañan a estas imágenes: alcanzar nuevas fronteras, vivir más humanamente con la radicalidad del estilo de Jesús, hacer silencio, ser y actuar como un solo cuerpo.

El Espíritu estuvo vivo y actuó en el Capítulo de 2016, como si Dios, en su sabiduría y misericordiosa ternura nos estuviera preparando para el siguiente capítulo de nuestra vida, dándonos los instrumentos y las intuiciones para abordar una realidad que todavía no se ha desplegado.

Tenemos un Capítulo especial porque para avanzar juntas viviendo nuestra misión con intensidad cada una de nosotras necesitamos asumir la responsabilidad que las Constituciones nos otorgan como Religiosas del Sagrado Corazón, “la de vivir en la sinceridad de su corazón el carisma de santa Magdalena Sofía”. También somos responsables del bien común. Durante los últimos cuatro años cada una de nosotras nos hemos estado preparando para este momento, se nos ha invitado a compartir nuestros sueños, nuestras preocupaciones, nuestras alegrías y penas, nuestras convicciones y nuestros compromisos profundos. Todas hemos tenido la oportunidad de expresar nuestra verdad, nuestros sueños y nuestra visión de futuro. Cada una ha participado como ha

podido: con la oración, mediante la lectura y las conversaciones, en momentos difíciles y en reuniones, mediante la preparación de los capítulos provinciales, los encuentros por zoom con antiguas amistades y nuevos conocidos. Nos hemos conectado entre nosotras y con nuestros compañeros de trabajo y colaboradores de maneras que nunca imaginamos posibles.

Dentro de unos minutos celebraremos la Eucaristía y entraremos en el misterio del costado abierto de Jesús. Recordaremos la muerte y la resurrección de Jesús, la realidad que yace en el corazón de los sufrimientos y esperanzas de la familia humana. La Eucaristía nos inserta en la entrega de Jesús a su Padre para vida del mundo, haciéndonos más en verdad Cuerpo de Cristo, partido para que nazca una nueva humanidad

Espero y rezo para que Dios nos conceda el valor y la sabiduría que necesitamos para entrar en este momento de discernimiento, que tengamos la libertad de desprendernos de lo que estorba al Espíritu, que reconozcamos humildemente las necesidades de las demás y que vivamos este Capítulo especial con cariño fraterno y en fidelidad al Corazón de Jesús.

Quisiera acabar recordando las palabras con las que terminan las Constituciones de 1982:

Nuestra razón de ser es glorificar al Corazón de Jesús,
descubrir y manifestar su amor en todas las
circunstancias de nuestra vida
y en cualquier lugar en que realicemos la misión.
Estas Constituciones nos enseñan el camino.
Son para nosotras una expresión auténtica de nuestro
carisma.

Cada una de nosotras se compromete a amarlas y a
profundizar en ellas,
a cumplirlas y hacerlas vida con una fidelidad siempre
nueva,
confiando en la acción de Espíritu que escribe su ley en
nuestros corazones.
Pondremos todo nuestro corazón en intensificar la vida
interior,
el discernimiento, la obediencia y la audacia apostólica
para construir un mundo más justo y, sobre todo,
el espíritu de unión y de caridad que debe caracterizar a
nuestra Sociedad.

Estas Constituciones serán para nosotras un vínculo de
amor y de unidad
que imprimirá en todo el Cuero el sello de la obra de Dios,
a través de la riqueza múltiple de nuestras culturas y
tareas apostólicas.

Formaremos un solo corazón y una sola alma
y viviremos así nuestra divisa: “Cor unum et anima una in
Corde Jesu”.

Entonces, en nuestra Sociedad y a través de ella,
podrá realizarse la oración de Jesús:

“Padre, les he dado la gloria que tú me diste
para que sean uno como nosotros somos uno;
yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno”
(Jn 17,22-23).

Y ahora doy la bienvenida al padre Douglas Marcouiller para que celebre con nosotras este
banquete de acción de gracias que nos une como un *Solo cuerpo*.